

algunos se conquistaron laureles y otros cayeron inavertidos, depositemos una corona en honor de quienes hubieran sido grandes y «que hoy descansan en tumbas ignoradas.»

FRÉDÉRIC E. PIERCE

UN SIMBOLO SANTO

Amante fervoroso de España, la hermosa península en cuyo cielo brilla el sol más claro y vivificante que en parte alguna de la tierra sublime de Cervantes y Hurtado de Mendoza, patria heroica del Cid, en cuyos dominios jamás se puso el sol, y en cuya historia gloriosa resplandecen, como características de ese pueblo hidalgo y generoso, altivo y valiente, el honor y la dignidad; admirador como soy del alma grande que alberga en los nobles pechos españoles, y que, en momentos de odioso mercantilismo y de triste abajamiento espiritual en este *marenagnum* de las cosas modernas, he tendido el vuelo hacia la España antigua y la España nueva, como hacia el refugio salvador en donde siquiera podamos librar del naufragio actual los restos de lo muy bello y muy grandioso que nos legaron nuestros antepasados de allende el mar; español de corazón, ansioso de que entre la madre patria y Colombia, mi suelo querido, no existan otras fronteras que las materiales, he buscado con solícito afán, con ardoroso entusiasmo y con amor vehementísimo, algo así como un símbolo de la unión espiritual entre españoles y colombianos; algo que nos diga a las claras que también nosotros llevamos en nuestras venas sangre de héroes y de valientes, sangre de España; he buscado y rebuscado una reliquia que diga a todos y a cada uno de nosotros que quienes

nos dieron lo más noble que poseemos, la santa Religión, la lengua incomparable y el carácter generoso, fueron los que en Zaragoza hicieron morder el polvo a los intrusos de Francia, los que en Covadonga y en muchas otras muchas partes de memorable recordación, pusieron muy en alto el valor indomable, la férrea energía y el honor incontrovertible de la España gloriosa.

He buscado ese símbolo santo, y al fin lo he encontrado: al penetrar en la hermosa capilla del Colegio del Rosario, que es mi casa intelectual y el más suave refugio de mi alma, he visto, allá en el centro del altar, entre blancos cirios y perfumadas flores, entre ángeles y querubines artísticamente pintados, entre nubes de incienso que suben hasta el cielo, un cuadro maravilloso, por reales manos bordado; un cuadro bellissimo, que, al reflejar los rayos de la luz, brilla y resplandece con fulgores divinos y con resplandores celestiales; he visto el cuadro sagrado de la *Bordadita*, la Virgen santísima del Rosario, que desde su bendito lugar parece sonreír bondadosamente a sus jóvenes rosaristas, y, con ellos, a Colombia española, a Colombia noble, generosa y grande.

Esa imagen bordada por la reina Margarita y regalada por su Majestad al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, como una muestra de aprecio y de cariño hacia su ilustre fundador, representa el símbolo que yo he buscado con ansia loca y con amor desesperado. Esa bella imagen es de la Colonia, es de la Independencia y es de la República. Lo mismo pertenece al tiempo de los virreyes que al tiempo actual de democracia y de libertad. Todo ha cambiado, menos ella, que es la misma al través del tiempo y de todas las mudanzas, como esencia purísima que es, como símbolo del alma española entre nosotros, que aunque tome

ciertas formas, siempre será una sola, sublime y grande, manifestándose en hechos de valor y heroísmo, de altivez y dignidad.

Ante esa imagen sagrada alma del Colegio venerando que se levanta como palpable y peremne protesta contra los denigradores de España; ante esa imagen bendita, refugio sacrosanto de muchas generaciones y centro de los afectos de un santo dominico, cuya presencia en estas playas ubérrimas de la América, fue la más completa garantía de adhesión y simpatía de nuestro pueblo hacia la metrópoli española; ante esa imagen adorable, se postraron reverentes los virreyes, los oidores y los demás mandatarios de la Colonia; ante ella elevaron sus súplicas al cielo los héroes y prohombres que nos dieron libertad y gloria; Torres, Girardot, Caldas, astros luminosos de la historia colombiana, antes de sacrificar sus vidas el primero y el último en el cadalso, y el segundo en el campo de batalla, templaron su noble corazón al pie de nuestra hermosa Bordadita y a ella pidieron fuerzas para alcanzar lo que por dignidad española, lo que por honor castellano les correspondía, la liberación de su suelo querido, que era el suelo hijo de los dominios poderosos de Felipe IV y Fernando VII.

Esa imagen, que todos veneramos, permanece en el altar del Colegio del Rosario, como símbolo de este Instituto y como imborrable recuerdo del amor de España hacia la Nueva Granada; como eterna prueba del cariño no desmentido de un pueblo, que, queriendo hacer un regalo, un valeroso regalo, sólo encontró capaz a su reina, a su Majestad para que fabricara esa dádiva y la bordara con sus reales manos de bella soberana. Y aunque los tiempos cambien y en ciertos corazones crezcan la indiferencia y el desafecto hacia

la Iberia portentosa y grande, el cuadro de la Bordadita continuará diciéndonos lo que ella significa en su trono del Colegio del Rosario, en donde permanece divina y hermosa, como purísimo manantial del cielo y como guía y enseña de la brillante juventud rosarista, que, al hincar ante ella contrita la rodilla y dirigirle sus miradas amantes y fervorosas, no puede menos que decir: ¡Salve, oh Madre de Dios, queridísima *Bordadita*! Vos, oh Virgen del Rosario, a la vez que símbolo del Colegio que fundara fray Cristóbal de Torres, ese grande exponente de la España católica, sois el símbolo santo de la unión espiritual entre nuestra amada Patria y su ilustre progenitora, la altiva península. Vos, oh Virgen Santísima, a la vez que protectora del Colegio preclaro y secular, cuna de la República, sois protectora del ideal de la raza, de la raza nobilísima de España, de donde procedéis, oh hermosa Bordadita, y de donde trajisteis entre los pliegues de vuestra virginal pureza y de vuestro amantísimo corazón, el alma generosa de vuestros hijos, que hoy en nosotros se perpetúan y cantan fervientes y amorosos: ¡Salve, Madre de misericordia, refugio de pecadores y fuente de gracias infinitas. Salve, España gloriosa, refugio de los corazones y fuente de sublimidad y de grandeza. Salve, bella Colombia, patria nuestra y tierra querida! Salve, Salve!

Bogotá, abril de 1923.

RAFAEL GALVIS SALAZAR

alumno convictor.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico